

# HISTORIA DE LA ESPIRITUALIDAD CRISTIANA

JAVIER SESÉ

El presente boletín bibliográfico no pretende ser exhaustivo. Su objetivo es presentar algunas de las historias de la espiritualidad cristiana más difundidas y facilitar así al lector de nuestra revista su utilización, sea como manuales, como libros de consulta o como lecturas teológico-históricas de interés.

Es innegable, en efecto, que en los últimos años se ha producido un aumento del interés por la historia de la espiritualidad en su conjunto, y por muchos de sus periodos y protagonistas en particular, coincidiendo con un incremento notable de la oferta bibliográfica, tanto en cantidad como en calidad. Mientras preparamos también en nuestra facultad un manual de historia de la espiritualidad particularmente dirigido a los alumnos de teología, me ha parecido interesante ofrecer esta presentación general de los libros más asequibles para alumnos, profesores e interesados en la materia.

Me limitaré a las principales historias generales; los estudios por periodos, corrientes, escuelas, etc., son muy abundantes, alargarían excesivamente este trabajo y se salen de su modesto objetivo principal. Por otra parte, las historias generales y los diccionarios suelen incorporar una bibliografía específica suficiente en los lugares correspondientes, a las que puede recurrir el lector particularmente interesado en un periodo determinado. Lo mismo cabe decir respecto a las figuras más significativas e influyentes en esta historia.

1. P. Pourrat, *La spiritualité chrétienne*, Gabalda, Paris, 1917 ss.

Me parece que un trabajo de este tipo debe iniciarse necesariamente con la ya clásica obra de Pourrat, *La spiritualité chrétienne*<sup>1</sup>, un auténtico

---

1. La primera edición apareció en París, Gabalda, 1917 y ss., pero tuvo varias reediciones posteriores en las primeras décadas del siglo, algunas revisadas, como la

libro pionero: sus cuatro volúmenes fueron durante mucho tiempo la única verdadera, propia y completa historia de la espiritualidad; todas las que han aparecido en la segunda mitad del siglo la han tenido muy en cuenta; y todavía hoy el historiador saca mucho beneficio de su lectura y de su utilización.

Pourrat dedicó el primer volumen a la época patristica, el segundo a la edad media, y los dos últimos a los «tiempos modernos». Sólo este somero esquema nos muestra ya la importancia dada a los siglos XVI al XVIII por encima de los anteriores. Desde luego, dada la fecha de edición, no se incluye ningún análisis de la espiritualidad en nuestro siglo y lo dicho sobre el XIX resulta incompleto; para un conocimiento de esos años hay que recurrir a las historias más recientes.

Pourrat empieza con un capítulo dedicado a la espiritualidad neotestamentaria, siguiendo la división clásica entre sinópticos, San Juan y San Pablo. Aunque es muy frecuente, como veremos, este arranque en las historias de la espiritualidad, personalmente me parece discutible. La espiritualidad bíblica en general, y la neotestamentaria en particular, son mucho más que el inicio de la historia de la espiritualidad. Como en cualquier otra rama de la teología, la Escritura es el alma de la teología espiritual, e históricamente ha vivificado siempre la vida y la doctrina de los grandes santos y maestros espirituales, como no podía ser de otra forma. Incluirla como un primer capítulo o primer volumen de una historia de la espiritualidad puede contribuir a apagar ese papel fundamental.

Además, los estudios de espiritualidad bíblica incluidos en las historias —esto vale para Pourrat y para los que le seguirán— aparecen claramente condicionados por nuestra forma contemporánea de leer la Biblia y de aplicarla a nuestra vida espiritual concreta, justamente porque la Biblia trasciende la época histórica en que fue escrita, aunque haya que situarla correctamente en su contexto histórico y cultural para interpretarla bien. Se podría decir, por supuesto, algo muy parecido de la mayoría de los grandes libros que aparecen en una historia de la espiritualidad, pero hay un abismo entre su atemporalidad y la de la Escritura. Por todo ello, me parece más correcto independizar los necesarios y fundamentales estudios de espiritualidad bíblica de las historias de la espiritualidad, aunque en estas no faltarán, desde luego, abundantes referencias bíblicas, sobre todo al hablar de los primeros cristianos.

---

de 1947, que hemos utilizado nosotros. Conocemos también la traducción inglesa publicada en Londres, 1922-1927.

Por otra parte, es un hecho contrastado por muchos observadores, que todavía estamos lejos de alcanzar una deseable armonía entre los estudios bíblicos relacionados con la espiritualidad, y los propios de teólogos e historiadores de la vida espiritual; algún ejemplo significativo aparecerá más adelante en el presente boletín.

Volviendo a la obra de Pourrat, tras ese capítulo bíblico, toda la parte correspondiente a los primeros siglos cristianos está centrada y orientada decididamente hacia el monaquismo. Esto supone que el estudio de la espiritualidad monástica primitiva resulta muy completo, pero la abundantísima doctrina espiritual de los Padres de la Iglesia no vinculada directamente a la vida monástica queda así muy diluida, pudiendo fácilmente dar la impresión de que espiritualidad cristiana primitiva y espiritualidad monástica son todo uno; lo cual falsea no sólo la realidad espiritual de los primeros cristianos —antes del nacimiento de la vida monástica—, sino la de los mismos siglos de auge del monaquismo, donde maestros como San Agustín o San Juan Crisóstomo, por ejemplo, siendo monjes y escribiendo algunas obras para monjes, predicán y escriben mucho más abundantemente para el común de los cristianos.

Más concretamente, el estudio de los tres primeros siglos cristianos está enfocado desde la perspectiva del «ascetismo cristiano», visto como un anticipo de la vida monástica: análisis histórico frecuente, pero que personalmente no comparto. Siempre dentro de la unidad esencial de la vida cristiana, la vida de los ascetas y vírgenes de los primeros siglos posee, a mi entender, rasgos característicos diversos a las motivaciones espirituales que llevaron a los primeros monjes al desierto. Además, no es claro que esos primeros monjes surgieran de entre las filas de las vírgenes y los ascetas, aunque pronto se tendió a asimilar ambas formas de vida cristiana, hasta quedar la virginidad no consagrada casi olvidada en la práctica y en la reflexión cristiana hasta nuestros días, en que ha vuelto a florecer como en los primeros tiempos.

De esta forma, en la obra de Pourrat, el estudio de los primeros Padres de la Iglesia resulta muy pobre, salvo quizá las páginas dedicadas a los alejandrinos. En cambio, el estudio de los grandes padres del monaquismo y de su espiritualidad, tanto orientales como occidentales, es amplio y completo. En cuanto a personajes determinados, destaca el amplio espacio dedicado a San Agustín, prácticamente el único autor del periodo estudiado sistemáticamente *a se*.

Los últimos capítulos de este primer volumen penetran ya en los primeros siglos medievales, siguiendo los pasos de la evolución de la vida mo-

nástica, tanto en occidente como en oriente, hasta el siglo X, aproximadamente, con referencias también a la literatura hagiográfica, etc. Desde luego, la centralidad de la espiritualidad monástica en buena parte de la edad media es un dato histórico innegable, y así queda reflejado en el final de este volumen de la obra de Pourrat y en el inicio del siguiente.

El gran protagonista de los primeros capítulos del segundo volumen de la historia de Pourrat es San Bernardo, estudiado con mucho más detalle que los demás representantes de la «escuela benedictina» medieval. Después, el autor toma otra opción discutible: analiza la aportación teológica de Santo Tomás de Aquino a la vida espiritual antes de hablar de los inicios de la vida mendicante, y de las «escuelas» —es la terminología habitual entonces— franciscana y dominica. Aunque el meollo de la reflexión tomista se pueda considerar, en efecto, independiente de lo estrictamente dominicano, hay aspectos que no se entienden históricamente sin el decisivo contexto mendicante que acompaña a la gran escolástica. San Buenaventura y otros autores de uno y otro grupo sí están en su lugar.

Por otra parte, el esquema seguido por Pourrat, según las «escuelas» religiosas, dificulta la comprensión del complejo desarrollo espiritual de la baja edad media: así, situar en un mismo capítulo a Santa Catalina de Siena y a Eckhart, a pesar de su común vinculación al mundo dominico, no parece adecuado para comprender los rasgos propios de la enseñanza de una y otro. Por contra, Ruysbroeck, la *Devotio moderna*, Gerson, etc., quedan mejor situados. Los últimos capítulos de este volumen resultan un poco deslabazados, aunque tratan autores y corrientes que no podían faltar (cartujos, místicos ingleses, etc.), incluido un capítulo sobre el *hesychasmo* oriental y otro sobre algunas devociones populares medievales.

Como ya hemos indicado al principio de nuestro análisis, Pourrat parece echar el resto en la época moderna, y en la espiritualidad francesa en particular, aunque el arranque de este periodo tenga importantes protagonistas no franceses que, por supuesto, el historiador valora en su justa medida. Así, el primer volumen dedicado a los tiempos modernos, se inicia con un estudio de la llamada «oración metódica», que nos lleva en seguida de la mano a los *Ejercicios* de San Ignacio y a los primeros jesuitas españoles. Es a continuación cuando Pourrat aborda el estudio del humanismo cristiano y de los protestantes, que, a mi juicio, debería anteponerse a la espiritualidad jesuita, que queda, en la obra de Pourrat, separada del resto de la «escuela española», siguiendo su terminología.

De hecho, al entrar ya en el estudio de nuestro siglo de oro, Pourrat vuelve a remontarse algo a la edad media, y presenta al resto de los autores

con referencia a Santa Teresa como centro. Los dos grandes místicos carmelitas tienen, por supuesto, capítulo propio en la historia de Pourrat, aunque el estudio de Santa Teresa parece más amplio y profundo que el de San Juan de la Cruz. Después, manteniendo su esquema de «escuelas», el historiador francés continúa avanzando por el siglo XVII español. De esta forma, al pasar a continuación a la «escuela italiana» y retornar a los inicios del siglo XVI volvemos a perder algo de perspectiva histórica. En Italia, por lo demás, Pourrat se detiene más en los rasgos generales de la espiritualidad de la época que en las figuras más representativas.

Llegamos así a la Francia del XVII, con excelentes presentaciones de San Francisco de Sales y el Cardenal Berulle, para concluir el volumen, más brevemente, con San Vicente de Paul y San Juan Eudes. Quizá se podía haber reorganizado la materia en este momento, pues el siguiente volumen arranca con el jansenismo y la escuela jesuita francesa, temas contemporáneos de los que cierran el volumen tercero; el orden de tratamiento parece correcto, pero la materialidad de la división tipográfica perjudica la visión de conjunto del periodo.

Por lo demás, el estudio del jansenismo es bastante minucioso; y el de los jesuitas franceses, de lo que el autor llama «prequietismo» y del quietismo propiamente dicho, mucho más todavía, hasta dar una impresión de clara desproporción. En efecto, aunque la espiritualidad de esa época, y particularmente en el ámbito francés, estuvo muy vinculada en la teoría y en la práctica a las polémicas de corte quietista y jansenista, once capítulos sobre el tema resultan excesivos, y dejan preteridas figuras contemporáneas mucho más influyentes a la larga, como los ya mencionados, o los que Pourrat estudiará en los capítulos siguientes: San Luis María Grignon de Montfort, Santa Margarita María de Alacoque, etc.

Todavía con un orden discutible, pero sin dejarse en el tintero a ninguno de los principales protagonistas, Pourrat vuelve al siglo XVII y a Italia, para adentrarse de la mano de este país en el XVIII y XIX; y mantiene su esquema por naciones en los capítulos finales: España, Alemania, Países Bajos, Polonia, Inglaterra y Francia, de nuevo, para acabar. En definitiva todo este cuarto volumen resulta muy completo en el repaso de autores espirituales, sobre todo franceses, pero sacrificando una mejor visión de conjunto, cada vez más diluida conforme la obra se acerca justamente a su fecha de aparición, en los albores de nuestro siglo.

Sin embargo, a pesar de las observaciones que anteceden, el mérito pionero de la historia de Pourrat es notabilísimo. No es un libro de tanteo, sino un trabajo sólido y duradero, que historias posteriores lógicamen-

te han podido mejorar en muchos aspectos, pero sin dejar a la vez de depender claramente de él.

2. L. Bouyer (dir.), *Histoire de la spiritualité chrétienne*, Aubier, Paris, 1960-1966

Después de la obra de Pourrat, avanzamos hasta 1960 para encontrar la segunda publicación de entidad, que además es una de las más recomendables desde todos los puntos de vista; y esto, tanto en su versión original, como en la más reciente, todavía en curso de publicación. La primera versión es francesa, en cuatro volúmenes, bajo el título global de *Histoire de la spiritualité chrétienne*, y con cuatro prestigiosos profesores en la nómina de autores: Louis Bouyer, Jean Leclerq, François Vandenbroucke y Louis Cagnet. Bouyer es el principal impulsor y colaborador del trabajo: él firma, en efecto, el primer volumen, *La spiritualité du Nouveau Testament et des Pères*<sup>2</sup>; interviene en el segundo, *La spiritualité du Moyen Age*<sup>3</sup>, junto a Leclerq y Vandenbroucke; y firma también en solitario el volumen III-A, *La spiritualité orthodoxe et la spiritualité protestante et anglicane*<sup>4</sup>; mientras el III-B, sobre *La spiritualité moderne*<sup>5</sup>, queda a cargo de Cagnet.

Esta interesantísima obra tuvo pronto una traducción italiana<sup>6</sup>; pero ha sido más recientemente cuando en la propia Italia se ha pilotado una completa readaptación, que constituye prácticamente una obra nueva, ya que los tres volúmenes con cuatro tomos iniciales se han transformado en un proyecto global de diez volúmenes con dieciseis tomos, y un buen número de nuevos colaboradores<sup>7</sup>. Analicemos primero la versión original, y después los volúmenes ya aparecidos de esta segunda, a cuya cabeza apa-

---

2. Paris, Aubier, 1960.

3. Paris, Aubier, 1961.

4. Paris, Aubier, 1965.

5. Paris, Aubier, 1966.

6. Bologna, Dehoniana, 1968 ss. Esta versión cambió la división en volúmenes: el primero quedó desglosado en dos: nuevo testamento y Padres; el segundo pasó a ser III/1 y III/2 (hasta el siglo XII y desde el siglo XII, respectivamente); el IV y el V reorganizan lo que Bouyer escribe sobre espiritualidad bizantina y ortodoxa, por una parte, y protestante y anglicana, por otra; y el VI/1 y VI/2 corresponden a las dos partes del volumen escrito por Cagnet.

7. El primer volumen apareció en 1984, en la misma editorial Dehoniana; el último tomo recibido al escriir estas líneas es el IX/B, el décimosegundo de los ya editados.

recen, como coordinadores, los nombres del carmelita descalzo Ermanno Ancilli (fallecido en 1988) y del calzado Bruno Secondin (que ha tomado el relevo), junto al propio Bouyer, para recordar el origen de la colección.

El estudio neotestamentario con el que Bouyer inicia el primer volumen de la historia por él mismo dirigida es muy completo: tras dos capítulos de ambientación general sobre el judaísmo y la figura de Jesús, analiza, según el esquema más habitual en la teología bíblica moderna, los escritos paulinos, los sinópticos, San Juan y, mucho más brevemente, las epístolas católicas. Es claro que Bouyer domina la materia, y que estas páginas constituyen una excelente introducción a la espiritualidad neotestamentaria, sin olvidar que, en los casi cuatro decenios transcurridos, los estudios bíblicos, también en este terreno, han progresado mucho.

La segunda parte del volumen, más extensa, está dedicada a la patrística, y también aquí se percibe enseguida la calidad teológica e histórica del autor. Respecto a los primeros siglos cristianos, su estudio de la espiritualidad litúrgica, del martirio, del gnosticismo y de la escuela de Alejandría es muy completo y profundo; en cambio, falta una atención mayor a otros aspectos importantes como la oración no litúrgica, la virginidad, la vida ordinaria, etc.

El estudio de los grandes Padres orientales aparece quizá demasiado vinculado al monaquismo, aunque no se pueda separar de él; pero es también detenido y clarificador, tanto en lo monástico propiamente dicho como en las cuestiones más generales. Bouyer completa el estudio del pensamiento de corte místico-alejandrino hasta alcanzar al Pseudo-Dionisio, y sólo después afronta otras líneas de reflexión de la Iglesia oriental, como la siria o la antioqueña, con una menor extensión.

Análogamente, una vez acabado el estudio de todo el mundo oriental, pasa a la literatura y el monacato latinos, con un estudio bastante completo de San Agustín, y más superficial de otros Padres y de San Benito. Quizá quede algo descompensada, pues, la comparación oriente-occidente, pero, en conjunto, este estudio de la espiritualidad cristiana antigua se puede calificar de sobresaliente.

El segundo volumen, dedicado a la edad media, tiene tres partes y tres autores; aunque la tercera, a cargo de nuevo de Bouyer, es propiamente un apéndice de cincuenta páginas sobre la espiritualidad bizantina: en él, el teólogo oratoriano prosigue la presentación de la línea doctrinal oriental desde donde la había dejado en el volumen anterior, con una atención especial, lógicamente, al hesychasmo.

El grueso del volumen queda dividido en dos partes, con el siglo XII como frontera. Uno de los mejores conocedores del mundo benedictino, Jean Leclerq, analiza con atención la evolución de la espiritualidad medieval desde San Gregorio a San Bernardo, desde luego muy dependiente de los monasterios, pero sin olvidar a canónigos regulares, clero secular y laicos, de acuerdo con los datos que poseemos de la época. Leclerq se detiene poco en las figuras singulares —salvo en San Bernardo y, más aún, en San Gregorio—, pero no olvida a nadie ni a nada importante, y mantiene muy bien el hilo conductor de esos siglos.

Otro historiador vinculado al mundo monástico, François Vandembroucke, toma el testigo de la espiritualidad medieval y lo conduce hasta el renacimiento. También aquí se mantiene bien el hilo histórico y aparecen oportunamente todas las figuras, tendencias y corrientes; pero sin detenerse de forma especial en ninguna de ellas, ni siquiera en San Francisco o Santo Tomás, por ejemplo. Llama la atención, por contra, el espacio dedicado a la piedad popular de la época, proporcionalmente bastante extenso. En conjunto, pues, la historia de la espiritualidad medieval aquí recogida es muy completa, sin apenas altibajos o lagunas, aunque si se desea profundizar en los principales protagonistas, habrá que recurrir a otros estudios más específicos.

En el volumen III-A Bouyer continúa, primero, la historia de la espiritualidad ortodoxa tal como había quedado en el anexo de la parte medieval; y se detiene después en la espiritualidad protestante y anglicana, con un estudio atento de los tres principales reformadores: Lutero, Zwinglio y Calvino, y un repaso de la historia posterior hasta el siglo XIX, cargado de datos y nombres muy poco conocidos en nuestro mundo latino. De hecho, esta segunda parte puede resultar pesada, aunque cubrirá sin duda una laguna en los poco familiarizados con la espiritualidad protestante y anglicana.

Louis Cognet es el encargado del último volumen de esta historia. Vuelve a la espiritualidad católica, y abarca desde 1500 hasta 1650, aproximadamente. La ausencia de un estudio histórico de los tres últimos siglos es, de esta forma, el único defecto importante de esta obra; sólo la actual reelaboración italiana ha completado ampliamente esta laguna.

Cognet, a diferencia de sus compañeros encargados de la parte medieval, pone más el acento en las personas concretas que en la línea histórica, aunque ésta no se pierda. Divide este periodo en dos grandes partes, tituladas con acierto «La prépondérance espagnole» y «La prépondérance française»; luego, en el desarrollo, la preponderancia quizá resulte excesiva al

olvidar, por ejemplo, algunos importantes santos y maestros italianos de ese periodo. En la primera parte, San Ignacio, Santa Teresa y San Juan de la Cruz tienen capítulos propios; aunque también es detenido el estudio de San Juan de Avila, Fray Luis de Granada y Fray Luis de León. En la segunda parte, son, lógicamente, San Francisco de Sales y Bérulle los principales protagonistas. El jansenismo juega su papel a través del «primer» Port Royal; pero aquí se interrumpe un tanto bruscamente la historia, sin hablar del quietismo, las primeras sistematizaciones de la teología mística, etc. De esta forma, este último volumen de la obra, sin dejar de ser recomendable, es el que puede decepcionar más si lo comparamos con el resto.

3. L. Bouyer-E. Ancilli-B. *Secondin (dir)*, *Storia della spiritualità cristiana, Dehoniane, Bologna, 1984 ss.*

Analizar con detalle la voluminosa historia de la espiritualidad que está resultando de la reelaboración italiana de la obra de Bouyer y sus compañeros, sería largo y farragoso en el contexto de este boletín. Por otra parte, aún no está completa, aunque sí en su tramo final. Intentaremos dar tan sólo una descripción sintética y una valoración de conjunto.

Como hemos indicado ya, esta obra colectiva abarca diez volúmenes, algunos divididos a su vez, hasta alcanzar los dieciseis tomos. Los volúmenes 1 y 2 corresponden, respectivamente, a la espiritualidad del Antiguo y del Nuevo Testamento. No se ha conservado nada de lo escrito al respecto por Bouyer en su día; y se ha recurrido a un gran número de colaboradores especializados, con un resultado típico en este tipo de trabajos: abundante información y profundidad en los detalles de cada tema, pero falta de una buena impresión global de conjunto.

Las colaboraciones veterotestamentarias se han agrupado en una parte que repasa los grandes grupos de libros, y otra centrada en algunas figuras o vocaciones más significativas de la espiritualidad bíblica. La parte neotestamentaria aparece más dividida que en otras ocasiones: se separa la epístola a los hebreos del cuerpo paulino, y el Apocalipsis de las demás obras de San Juan, y se realizan algunos estudios previos, sobre el ambiente judaico y helenístico, y sobre la misma figura de Jesús.

Estos dos volúmenes componen un trabajo, en conjunto, interesante sin duda desde el punto de vista bíblico-exegético; pero que plantea dudas desde el punto de vista de su conexión real con la historia de la espiritualidad; no sólo por lo que he comentado al principio de este boletín, con ocasión de la obra de Pourrat, sino por disonancias sorprendentes, como

la escasa utilización del Cantar de los Cantares en este estudio bíblico, cuando es el libro del Antiguo Testamento de mayor influjo real en la literatura espiritual cristiana de todos los tiempos.

El tercer volumen de la colección, dedicado a la espiritualidad de los Padres, tiene tres tomos: los dos primeros se corresponden con el original trabajo de Bouyer (dividiendo en tomos las dos partes por él establecidas: oriente y occidente), con algunos retoques nunca sustanciales, por lo que el conjunto mantiene el interés y el alto nivel ya reseñado, y al mismo tiempo se actualiza lo suficiente. El tercero, es un complemento nuevo y francamente interesante, con el título «La spiritualità della vita quotidiana negli scritti dei padri», elaborado por Clara Burini y Elena Cavalcanti, que recogen y responden así al creciente interés histórico-teológico por ese aspecto fundamental de los primeros tiempos cristianos.

El cuarto volumen, dedicado a la Edad Media, se corresponde también sustancialmente con la obra original, presentada ahora en dos tomos: el propio Leclercq ha actualizado su parte, sobre todo en lo que se refiere a la bibliografía; mientras Giovanna della Croce y R. Grégoire han realizado una tarea análoga con la parte correspondiente a Vandembroucke, metiendo un poco más la pluma, pero no hasta el punto de cambiar la valoración que hemos ofrecido más arriba.

El quinto volumen se ha titulado «Spiritualità della Riforma cattolica», y se ha dividido en este caso por países: España, Francia e Italia, sucesivamente, dan nombre a los tres tomos. Suponemos que los dos primeros, aún no publicados, se corresponderán más o menos con el original de Cagnet, que dividía así su trabajo, como hemos visto, pero todavía no han sido publicados. El correspondiente a Italia, a cargo de Antonio Gentili y Mauro Regazzoni cubre una de las lagunas que quedaban en la obra de Cagnet, poco atento a la espiritualidad transalpina de la época. Falta ver como se rehacen las otras dos partes para valorar el conjunto de este periodo, aunque promete no desmerecer respecto a lo anterior.

Siguen tres volúmenes simples para cada uno de los siglos XVIII, XIX y XX (este último titulado «La spiritualità contemporanea»), todos ellos a cargo de Tullo Goffi, con algunas colaboraciones menores. De esta forma, y con unidad de pluma, se completa la laguna principal de la obra dirigida por Bouyer. Conviene tener en cuenta la complejidad del periodo presentado aquí —sobre todo de nuestro siglo—, para valorar con justicia el trabajo de Goffi: los datos son abundantes y bien presentados y ordenados; no se le escapan los principales protagonistas, temas y problemas; pero la abundancia de información resulta en ocasiones farragosa, y a mi jui-

cio, los acentos, los momentos fuertes de la historia reciente, no están siempre bien subrayados y valorados, tomando algunas opciones que no comparto plenamente. Con todo, cubre ampliamente el hueco dejado por Bouyer y sus colaboradores, y se acerca bastante a su nivel.

La colección se debe completar con un volumen doble sobre las iglesias orientales, dividido en griega y rusa; y otro sobre espiritualidad protestante y anglicana; pero sólo ha sido publicado lo correspondiente a la iglesia rusa, ámbito espiritual de creciente interés, también para los teólogos e historiadores occidentales, por lo que esta presentación, muy minuciosa, a cargo de Giuseppe Manzoni, debe ser muy bien recibida, aunque sea difícil valorarla por los escasos puntos de referencia que poseemos.

En definitiva, estamos, desde luego, ante una obra rica y completa, con un gran despliegue de especialistas, de datos, de análisis detallados, de referencias y bibliografía. Un material de estudio y consulta, por tanto, de enorme utilidad; y también, con tiempo por delante, una lectura muy enriquecedora para cualquier interesado. Esto no quita que el ambicioso plan y la multitud de colaboradores, junto al hecho de tomar como base una publicación anterior bastante más homogénea, haya dado lugar a algunos altibajos e irregularidades.

4. *B. Jiménez Duque-L. Sala Balust, Historia de la espiritualidad, J. Flors, Barcelona, 1969*

En 1969 está fechada la obra más extensa y completa escrita en castellano, con el título *Historia de la espiritualidad*<sup>8</sup>, en cuatro volúmenes de gran tamaño, aunque sólo dos de ellos están dedicados propiamente a la espiritualidad católica. Al frente de un amplio elenco de colaboradores, figuran Baldomero Jiménez Duque y Luis Sala Balust, dos buenos conocedores de la historia de la espiritualidad y de algunas de sus principales figuras. La obra, sin dejar de ser muy completa y útil, resulta, sin embargo, irregular.

El primer volumen es mucho más extenso que los demás, pues abarca la espiritualidad bíblica y las edades antigua y media, acercándose así al millar de páginas. La parte bíblica es bastante completa, de nuevo con la salvedad de los años pasados desde su publicación, tan complejos en el

---

8. Editada en Barcelona, por J. Flors.

mundo exegético. El dominico Maximiliano Cordero se encarga del Antiguo Testamento; Licesio Alvarez de los sinópticos; Evaristo Martín Nieto de San Juan, y Ricardo Rábanos de San Pablo.

Bajo el título «Primeros siglos cristianos» se recogen tres colaboraciones, de las que las dos primeras se solapan demasiado. En efecto, Daniel Ruiz Bueno, excelente conocedor de la época, presenta de forma bastante completa la vida espiritual de los tres primeros siglos; pero, al hablar de la literatura espiritual antigua, el benedictino García M. Colombás vuelve a hablar de los padres apostólicos, por ejemplo, aunque luego prolongue su estudio hasta Dionisio en Oriente y San Agustín en occidente; este estudio de los grandes padres, por lo demás, resulta comparativamente muy sucinto. En cambio, el propio Colombás realiza en la tercera y más extensa subdivisión, un análisis detalladísimo, claro y ordenado de la espiritualidad del monacato primitivo, francamente difícil de mejorar.

La parte medieval consta de otras tres colaboraciones. Juan Francisco Rivera presenta de forma sistemática y completa el conjunto de la espiritualidad popular medieval; el problema principal es que, de esta forma, se pierde algo el hilo histórico y la vinculación de esa piedad popular con la espiritualidad monástica, mendicante, etc. El estudio, también más sistemático que histórico, de la espiritualidad monástica y mendicante medievales, a cargo del benedictino José Mattoso, queda para la tercera subdivisión (por cierto, con un acento sensiblemente mayor en lo monástico que en lo mendicante); mientras, entre ambos bloques, el agustino Lope Cilleruelo presenta, uno por uno, con mayor o menor extensión, una larga lista de maestros espirituales, desde San Benito a los místicos ingleses bajomedievales. De esta forma, el material acumulado sobre la edad media es muy rico, pero resulta difícil hacerse una idea seguida y de conjunto de la historia propiamente dicha. Me permito, pues, recomendar más este trabajo como obra de consulta, utilizando convenientemente los índices, que como lectura.

El tomo segundo completa la historia de la espiritualidad católica en otras tres partes sucesivas: renacimiento, espiritualidad barroca e ilustrada, y época contemporánea. El renacimiento incluye dos colaboraciones: la del dominico Alvaro Huerga sigue el hilo doctrinal desde la *devotio moderna* a los grandes místicos españoles, pero, sorprendentemente, cojea en estos últimos: ¿cómo es posible que una historia de la espiritualidad de este calibre, y escrita en España, se quede tan pobre al hablar, no sólo de Santa Teresa o San Juan de la Cruz, sino también de San Ignacio, San Juan de Avila o Fray Luis de Granada? Da la impresión de que faltan, en el plan general, una o varias colaboraciones de detalle que completen la visión glo-

bal de Huerga, o que éste no soltó convenientemente la pluma en su lugar, pues no dudamos de su buen conocimiento de dichos autores.

La otra colaboración sobre esos siglos, del jesuita Ignacio Iparraguirre, está centrada en la vida religiosa: valiosa en sí misma, resulta sin embargo desproporcionada respecto a lo dicho antes sobre la literatura espiritual, y pide otro contrapeso más con el estudio de otros aspectos espirituales de la época, aunque la vida religiosa fuera el más influyente y decisivo entonces.

En la espiritualidad barroca e ilustrada, el carmelita Eulogio Pacho, también buen conocedor de la época, realiza una primera visión, breve, de conjunto, y presenta después con detalle la literatura espiritual dividida en tres periodos bien justificados: 1600-1670 (madurez); 1670-1730 (lucha) y 1730-1789 (efímera restauración). Este estudio está muy centrado en España; el papel preponderante de Francia en esos años pide entonces una segunda colaboración sobre literatura francesa, encargada a A. Dodin, pero que resulta pobre en comparación con lo anterior; y el conjunto de la exposición de la época, en consecuencia, un tanto confuso.

En la llamada espiritualidad romántica (siglo XIX) de nuevo se distingue una presentación general, bastante interesante, a cargo de Francisco Martín Hernández; un análisis de la literatura espiritual, presentada por José M<sup>a</sup> Moliner, más atento a cubrir todos los campos que a detenerse en ninguna obra en particular, con un resultado cercano a un elenco bibliográfico; y una reflexión sobre la vida religiosa en la época, de José M<sup>a</sup> Piñero, que completa así, en uno de sus aspectos principales, la visión general primera.

Finalmente, respecto a la espiritualidad contemporánea, Joaquín Gomis se encarga de la difícil tarea de dar una visión general de los decenios transcurridos del siglo XX, y lo hace con relativo éxito, fijándose más en las líneas de fuerza que en personas, instituciones o libros concretos. De nuevo José M<sup>a</sup> Piñero cierra esta parte con un estudio, doble en este caso, sobre los institutos religiosos y los institutos seculares; por lo que, una vez más, el conjunto queda desequilibrado. En definitiva, el interés de este segundo volumen es bastante inferior al primero, aunque mantiene su valor como libro de consulta, dada la cantidad de material recogido.

El tercer volumen se centra en las espiritualidades cristianas no católicas, incluyendo no sólo la ortodoxa y protestante, en sus variantes y evolución tras los respectivos cismas, sino también antiguos movimientos heréticos, como el gnosticismo o los cátaros, complementando así algunos aspectos ya tratados en volúmenes anteriores. En este volumen hay algunos

colaboradores no españoles. El cuarto y último, por su parte, está dedicado a la espiritualidad de varias religiones no cristianas, e incluso al ateísmo; por lo que nos salimos del ámbito de este boletín.

5. J. M. Moliner, *Historia de la espiritualidad, Monte Carmelo, Burgos, 1971*

Siguiendo el orden cronológico, en los años setenta aparecieron, también en castellano, dos historias de formato mucho más reducido —un sólo volumen de tamaño medio—, y por tanto con voluntad de síntesis, tarea nada fácil en una historia tan rica como la de la espiritualidad cristiana, pero necesaria para permitir un acceso más apropiado a un público no especializado. José María Moliner, carmelita, publicó su *Historia de la espiritualidad* en 1971<sup>9</sup>; y el prolífico dominico Antonio Royo Marín, la suya en 1973, con el título *Los grandes maestros de la vida espiritual*, precisado por el subtítulo *Historia de la espiritualidad cristiana*, recientemente reeditada<sup>10</sup>.

El libro de Moliner es rico en datos históricos, pero me parece que pretende abarcar demasiado para una historia en un solo volumen: aparecen demasiados nombres de autores y obras escritas, cayendo a veces en la yuxtaposición de datos, perdiéndose de esta forma un tanto el hilo de la historia y difuminándose el valor de algunos de los principales hitos y maestros; además, en algunos casos, se detiene en aspectos, a mi entender, muy secundarios de la doctrina espiritual, olvidando en cambio otros más significativos. Las referencias bibliográficas son mínimas. A pesar de todo ello, la lectura de este libro proporciona, sin duda, una visión completa y bien orientada de la historia de la espiritualidad cristiana.

Moliner divide su historia en siete partes, además de la introducción, en la que da una visión de conjunto de la historia de la espiritualidad y su sentido más completa que la mayoría de las obras aquí comentadas. La primera parte, dedicada a los Padres, hasta el siglo VIII, es muy pobre en lo que se refiere a los tres primeros siglos, sobre todo por la falta de una visión de conjunto de esa época; tampoco se forma uno con su lectura una idea clara del origen y evolución del monacato primitivo, aunque la doctrina escrita sí está presentada con detalle.

---

9. El Monte Carmelo, Burgos.

10. Incluida en la BAC, con el número 347, y editada en Madrid. En 1990 ha aparecido la segunda edición, sin ningún cambio importante apreciable.

El capítulo segundo, dedicado a monjes y canónigos (siglos IX-XII) y el tercero, a los mendicantes (siglo XIII), me parecen más acertados: desde luego, bastante completos en datos, como siempre; pero también con un enfoque global más claro. Falta sin embargo un estudio proporcionalmente más detenido de la piedad popular de la época, como es habitual en otras historias y necesario para mejorar esa visión de conjunto. Por lo dicho hasta aquí, se comprueba ya que Moliner se ciñe casi exclusivamente a la literatura espiritual, dando menos valor a aspectos más vitales, aunque los conozcamos principalmente gracias a esa misma literatura.

El capítulo dedicado a los siglos XIV y XV refleja bien las tensiones y contrastes de la época, particularmente entre el misticismo de unos y las tendencias prácticas de otros, pero salvo Santa Catalina de Siena, no da tanto relieve a otras figuras menos encuadrables en esas dos tendencias pero, por eso mismo, más equilibradas, como Santa Brígida, Dionisio Cartujano, San Bernardino de Siena, Enrique Herp, etc.

El capítulo sobre el siglo XVI es el que mejor muestra que un exceso de datos puede falsear una historia, por lo menos si es resumida: faltan pocos nombres de la gran floración del siglo de oro español, y también de Italia; pero los mismos Santa Teresa y San Juan de la Cruz quedan diluidos en esa profusa relación, aunque se les dediquen, desde luego, algunos párrafos más. Mejor parados quedan, en cambio, San Francisco de Sales, Berulle y San Alfonso María de Ligorio, en la sexta parte dedicada a «la espiritualidad ilustrada»; por supuesto también rica en datos, incluso con autores y libros que no suelen ser mencionados en otras historias.

En la última parte, correspondiente a los siglos XIX y XX, Moliner no escapa a las dificultades que plantea una presentación equilibrada y completa de un mundo espiritual tan cercano todavía a nosotros. Como en el resto del libro, hay en estas páginas más riqueza de datos que sentido de conjunto del momento histórico, y me parece que algunos de los aspectos subrayados falsean la realidad: por ejemplo, sin minusvalorar la importancia que puede tener Teilhard en la teología contemporánea, su influjo en la espiritualidad me parece pequeño, y desde luego nada comparable al de Santa Teresa del Niño Jesús, por ejemplo, que pasa casi desapercibida y un tanto fuera de lugar. En los últimos apartados, además, se va pasando de un esquema histórico a otro temático y se desordena un tanto la materia estudiada.

En definitiva, el libro de Moliner es la historia de la espiritualidad más rica en datos y nombres que se puede hallar en un solo volumen, pero a costa de oscurecer parcialmente las líneas de fuerza y los puntos focales

de dicha historia. Su utilidad depende, pues, de cual de estas finalidades se busque con su lectura.

6. *A. Royo Marín*, *Los grandes maestros de la vida espiritual*, B.A.C., Madrid, 1973

Royo Marín, por su parte, a pesar del subtítulo que da a la obra, no escribe una historia en sentido propio, sino que, con esquema histórico, va presentando, como indica el título principal, a los principales autores, obras y enseñanzas de la espiritualidad cristiana. Es decir, con algunas excepciones, no hay en el libro del teólogo dominico —y no parece pretenderlo— un estudio de los distintos periodos históricos en sí mismos, y de otros factores influyentes de la historia, al margen de los maestros y sus escritos. Por tanto, la obra resulta útil como introducción a cada uno de esos autores; pero resulta pobre y deslabazada como presentación global de la historia de la espiritualidad. De hecho, se puede usar prácticamente como un diccionario, sin necesidad de leer el texto seguido de principio a fin.

La ordenación del material es cronológica y por «escuelas», pero con una división periódica muy elemental: edad antigua (que prolonga hasta el siglo IX), edad media, edad moderna y edad contemporánea (que reserva al siglo XX). Esto supone que, sobre todo en los dos primeros periodos, se agrupen autores separados por varios siglos de evolución y cambios, a veces muy decisivos, incluso dentro de las mismas escuelas en que los clasifica el autor (que son, básicamente, las familias religiosas). Las consecuencias van, pues, en la línea ya señalada: poca utilidad como visión histórica, pero suficiente información de cada maestro en particular.

Por otra parte, la presentación de cada santo y escritor es desigual. En algunos casos resulta excelente, comprobándose el dominio de la materia por parte del autor —el ejemplo más significativo es, sin duda y como cabía esperar, Santo Tomás de Aquino—; pero en otros, se queda muy pobre, y se aprecia mucho la dependencia de otras fuentes. Sea como sea, en todos los casos el lector no especialista se puede hacer una idea suficiente de lo más significativo en la producción escrita y la doctrina de cada personaje histórico.

También Royo Marín empieza con una primera parte bíblica, o más exactamente neotestamentaria, que incluye, junto a los Padres apostólicos, bajo el título «los fundamentos de la espiritualidad cristiana». Aunque es comprensible y aceptable esta esquematización, sigo pensando que la espiri-

tualidad bíblica debe tener otro enfoque y tratamiento, mucho más allá de constituir el arranque de la historia de la espiritualidad; y aunque el resumen que hace Royo Marín es acertado y relativamente completo, se queda lógicamente muy pobre en un libro de carácter sintético.

En la parte dedicada a la edad antigua, Royo Marín dedica un capítulo entero a San Agustín, presentando así su doctrina de forma muy completa en comparación a los demás autores del periodo. El resto de los personajes tratados los clasifica en tres grupos: monacato oriental, monacato occidental y otros; abarcando además desde el siglo II hasta el siglo IX. De esta forma surgen tres inconvenientes principales, a mi entender: se pierde la importancia de la doctrina espiritual no estrictamente monástica de algunos monjes escritores, como San Basilio, o de algunos no monjes, como San Ambrosio; se separa, por contra, a autores muy vinculados entre sí, como el propio San Basilio y su hermano San Gregorio de Nisa —incluido en el apartado «otros»—; y se presenta a autores pre-monásticos y muy influyentes en los siglos IV y V, como los alejandrinos, después de estudiado todo el monacato. Por otra parte, frente a un estudio suficiente de Casiano, San Benito, San Gregorio Magno o Dionisio, las presentaciones del Niseno y el Crisóstomo son mínimas, y no muestran su importancia e influjo.

Las partes dedicadas a las edades media, moderna y contemporánea siguen un esquema de escuelas, añadiendo un apartado final en cada periodo, bajo el título «autores independientes», en sí mismo muy discutible en los tres casos. En la edad media dedica capítulo aparte a Santo Tomás de Aquino, que ya hemos valorado. El resto lo componen las escuelas benedictina —discutible incluir a San Anselmo y San Bernardo en el mismo grupo, por ejemplo—, de San Víctor —quizá la más propiamente «escuela» de todas—, cartujana —aquí sobrepasa el periodo y llega hasta el XVII—, dominicana —incluye a los místicos renanos que, aun siendo dominicos, difícilmente pueden agruparse doctrinalmente con Santa Catalina, por ejemplo—, y franciscana. En el «cajón de sastre» final se diluyen como corrientes con personalidad propia la *devotio moderna* o la mística flamenca e inglesa, al no poder vincularlos a ninguna orden religiosa concreta.

En la edad moderna el número de autores estudiado aumenta considerablemente, disminuyendo el espacio dedicado a cada uno, en detrimento de figuras de la talla de San Juan de Avila, Fray Luis de Granada o San Alfonso María de Ligorio, por ejemplo. Dedicar capítulos propios, bastante completos, a Santa Teresa, San Juan de la Cruz y Santa Teresita —hubiera sido más correcto pasar a esta última a la edad contemporánea—; a las escuelas benedictina, dominicana y franciscana, se añaden ahora la agustinia-

na, carmelitana —¿apartado antepuesto a los de Santa Teresa y San Juan, cuando todos los autores citados aquí son posteriores y dependientes de ellos!?—, ignaciana, salesiana y francesa del siglo XVII. El apartado de autores independientes es todavía más complejo y variado en este caso.

La época contemporánea apenas abarca las primeras décadas del siglo XX, con preferencia hacia los teólogos frente a otros maestros de espiritualidad, y manteniendo como criterio clasificador las escuelas benedictina, dominicana, carmelitana, ignaciana y los «autores independientes». El capítulo final, dedicado al Concilio Vaticano II, se limita a reproducir algunos textos significativos del concilio, bien escogidos, pero sin comentar ni ubicar adecuadamente en su contexto histórico. El libro se completa con un apéndice sobre «herejías y desviaciones místicas», con el que cubre una de las lagunas que se derivan del método de presentación seguido en el libro.

En definitiva, reiteramos el valor de la obra de Royo Marín como un primer acercamiento a la mayoría de los maestros espirituales más significativos de la historia, pero su insuficiencia como presentación global de dicha historia.

7. *D. Grossi-L. Borriello-B. Secondin*, *Storia de la spiritualità cristiana*, *Borla, Roma, 1983 ss.*

Los años ochenta han sido bibliográficamente muy ricos en todo el ámbito de la espiritualidad y de su historia, y esto ha repercutido también en los trabajos de conjunto que estamos aquí analizando, prolongados en muchos casos en nuestra década. Italia ha estado a la cabeza de estas iniciativas, como prueba la nueva versión de la historia clásica de Bouyer y colaboradores, ya reseñada. Otras dos producciones italianas similares deben ser mencionadas aquí.

Bastante paralela a la historia editada por la Dehoniana, e incluso con algún colaborador común, es la publicada por la editorial Borla, dirigida por el tandem Grossi-Borriello-Secondin, con un proyecto en 7 volúmenes y 9 tomos en total<sup>11</sup>. La de la editorial Studium, dirigida por Ancilli —infatigable editor en esos años—, tiene sus características propias, como refleja el mismo título de la colección: *La spiritualità cristiana. Storia e testi*<sup>12</sup>; en

11. El primer volumen apareció en 1983, y faltan todavía dos del plan inicial. Borla tiene su sede en Roma.

12. Empezó a publicarse en 1981. Studium también tiene su sede en Roma.

efecto, proyectada en 20 volúmenes, de tamaño mucho más reducido, incluye en cada uno de ellos un estudio histórico y una selección de textos de autores significativos del periodo estudiado, con lo que su utilidad se amplía en cierto sentido, aunque con ello se pierda algo en lo que a la historia propiamente dicha se refiere. Analicemos un poco más ambas publicaciones.

Menos extensa y ambiciosa que la historia de la Dehoniana, la de Borla resulta también bastante completa y, por tanto, útil tanto como libro de consulta como de lectura y estudio continuado de la materia. La división en volúmenes es más simple y clara: Antiguo Testamento (volumen 1), Nuevo Testamento (2), Padres orientales (3 a) y occidentales (3 b), edad media (4), edad moderna (5), edad contemporánea (6) y espiritualidades no cristianas (7). Los colaboradores son numerosos, sobre todo en los volúmenes bíblicos, como ocurriría también con la otra colección.

El estudio de la espiritualidad veterotestamentaria es particularmente extenso y minucioso, interesante en sí mismo, pero quizá desproporcionado respecto al conjunto de la obra. Siguiendo las divisiones clásicas, cada grupo de escritos está encomendado a un especialista, aunque mientras libros históricos y proféticos se estudian en conjunto, los sapienciales se dividen en cuatro colaboraciones diferentes, dándoles por tanto mayor relieve en sus peculiaridades.

El volumen neotestamentario, en cambio, muy paralelo al de la Dehoniana, combina los estudios por grupos de libros (sinópticos, San Juan —con el Apocalipsis aparte— y San Pablo) con otros temáticos, en torno a Jesús mismo y a las primeras comunidades cristianas; esto da lugar a una visión más completa, pero también a repeticiones innecesarias. En ambos casos nos encontramos, una vez más, con los límites y las ventajas de las obras colectivas: ricas en su especialización, insuficientes para hacerse una idea de conjunto; además de los problemas de desconexión exégesis-historia de la espiritualidad ya comentados.

De los dos tomos dedicados a los Padres sólo ha llegado a nosotros, en el momento de escribir estas líneas, el primero, correspondiente a oriente, a cargo de T. Spidlík e I. Gargano; quienes, en este caso, al menos formalmente, no se dividen el trabajo, sino que lo firman conjuntamente. La materia está organizada temáticamente: se estudian así el ambiente intelectual en que surge la reflexión escrita de los Padres orientales y los grandes temas espirituales desarrollados en sus obras; es decir, estamos más cerca de una monografía o un ensayo que de una historia; de hecho, no se dedica ningún espacio expreso a presentar los escritos y los protagonistas, ni el

surgimiento del monacato y sus primeros pasos, ni se aprecia suficientemente la evolución histórica de la reflexión escrita de un siglo a otro. Por tanto, este volumen ofrece un estudio valioso y enriquecedor en sí mismo, pero no desde el punto de vista propiamente histórico; su lectura necesita, por eso, ser complementada con otras fuentes.

El volumen medieval tiene ya un sentido más histórico de la materia, aunque sigue manteniendo una mayor tendencia al estudio global de los grandes temas que a la presentación cronológica de las personas y los hechos. Los siglos medievales se han dividido en dos periodos (denominados simplemente «primo medioevo» y «secondo medioevo»), desarrollados respectivamente por B. Calati y A. Blasucci, mientras R. Grégoire intercala entre ambos un breve ensayo de corte eclesiológico. El «primo medioevo» es fundamentalmente monástico y muy uniforme en su concepción y desarrollo en torno a ese punto focal; el «secondo» muestra también acertadamente la mayor complejidad del periodo.

Un detalle llamativo y discutible de este volumen, es el hecho de agrupar a todas las grandes santas escritoras del medioevo en un único apartado titulado «il misticismo femminile nel Medioevo»: no cabe duda de que hay razones que justifican ese agrupamiento, pero ¿realmente es más significativa la conexión histórico-espiritual, por ejemplo, entre Santa Clara y Santa Catalina, por ser ambas mujeres, que la que tiene Santa Clara con San Francisco de Asís? Puede ser uno de esos casos, tan frecuentes hoy en día en muchos ámbitos de la cultura, en que pretendiendo hacer un favor a las mujeres se falsea su propia condición humana y femenina...

El volumen quinto, correspondiente a la edad moderna, está mucho más dividido en periodos. Las dos primeras partes, firmadas por L. Mezzadri, y que afrontan uno de los periodos más ricos de la historia de la espiritualidad (el siglo XVI) resultan francamente decepcionantes, sobre todo en una obra de estas dimensiones y nivel; cualquier otra historia, incluso las más breves, resulta, respecto a esos años, más completa que estas páginas. No ocurre lo mismo con la parte tercera (siglo XVII, a cargo del propio Mezzadri), más equilibrada y completa; ni con la cuarta (siglo XVIII, de C. Brovotto), que se mantiene en la misma línea. El volumen se completa con un estudio también adecuado de F. Ferrario y P. Ricca sobre la espiritualidad protestante y su evolución. De todas formas, el conjunto me parece siempre inferior a la historia de la Dehoniana, en particular.

La parte contemporánea (siglos XIX y XX, en este caso; como vamos comprobando cambia la periodización de lo contemporáneo de una historia de la espiritualidad a otra) tiene tres autores (L. Borriello, Giovan-

na della Croce y B. Secondin; el primero y el último, por lo demás, coordinadores de toda la colección), pero volviendo ahora a la firma conjunta de todo el trabajo. Las dificultades que presenta este periodo se pretenden soslayar con una minuciosa periodización y subdivisión, que resulta bastante acertada en lo que a cuestiones espirituales y líneas de fuerza se refiere, pero no tanto respecto al papel jugado por los principales protagonistas, que quedan muy difuminados en el conjunto. A pesar de ello, y aun proporcionando mucha menos información que Goffi, globalmente y con limitaciones, me parece un acercamiento más acertado a la historia de la espiritualidad contemporánea<sup>13</sup>.

En definitiva, estamos ante una historia muy irregular, que personalmente reservaría más bien para la consulta o lectura parcial de algunos volúmenes, que para adentrarse suficientemente en todo el arco histórico de la espiritualidad cristiana.

8. E. Ancilli (dir.), *La spiritualità cristiana. Storia e testi*, Studium, Roma, 1981 ss.

La colección de libros publicados por Studium, por su parte, como hemos indicado, tienen un carácter distinto y cumple otra finalidad, siempre dentro del ámbito de la historia de la espiritualidad. Podríamos definirla como una antología de textos comentada. En efecto, cada volumen—confiado a un especialista distinto; en edición de bolsillo, y de poco más de doscientas páginas cada uno—, se divide en una parte sistemática sobre el tema enunciado, y una colección de «textos escogidos». En número de páginas, suele dominar lo segundo sobre lo primero.

Los temas escogidos abarcan todo el arco histórico; pero no se presenta (tampoco parece que se busque) un recorrido histórico riguroso y uniforme. Me parece por tanto, una obra útil para quien, conociendo ya por otras lecturas por lo menos las grandes líneas de la historia de la espiritualidad, desee profundizar más en algunos periodos y aspectos, mediante un primer acercamiento directo a los textos escritos; sin que esto exima de una lectura posterior directa, completa y reposada de las obras espirituales más importantes.

---

13. Un séptimo y último volumen previsto, sobre la espiritualidad de religiones no cristianas, no ha aparecido todavía.

Como ocurre en toda antología o selección de textos, y en este caso también de temas que los agrupan, hay muchas opciones opinables y discutibles, según los criterios que se tomen y las preferencias de cada uno. No voy a entrar en esa dinámica en este lugar, entre otras cosas porque, aunque, según mi criterio personal, cambiaría algunos fragmentos por otros, desde luego prácticamente todo lo que está recogido es excelente, dada la gran riqueza de la literatura espiritual cristiana. Sin embargo, no puedo dejar de lamentar que en cuatro de los volúmenes, en lugar de una selección, se reproduzca sin más una sola obra escrita, aunque sean tan interesantes e importantes como *El Tratado sobre el Espíritu Santo* de San Basilio, las *Instituciones cenobíticas* de Casiano, el *Enchiridion* de Erasmo y las *Moradas* de Santa Teresa: se impide así una visión mínimamente variada de los periodos respectivos.

Presentando someramente el contenido, diremos que los cinco primeros libros están dedicados a la época patrística, y tratan, respectivamente, del martirio, de la vida cristiana en general en los primeros siglos, de los inicios del monaquismo, de la oración, y de la experiencia de Dios en los Padres griegos (de hecho, en San Basilio). Este último volumen es, pues, el más discutible; ya que no hay otros sobre los padres latinos, u otros aspectos y autores griegos.

A la edad media se dedican seis volúmenes sobre los entornos del año mil (en la práctica, la vida monástica benedictina), sacerdotes y canónigos, movimientos laicales, mendicantes, místicos del norte europeo y espiritualidad oriental. Paradójicamente, pues, salen perdiendo proporcionalmente las corrientes y autores más prolíficos e influyentes (monjes y mendicantes); aunque se hacen así asequibles obras y autores apenas editados o comentados en otros lugares.

Los seis volúmenes agrupados como «espiritualidad moderna» se dedican al humanismo, los místicos del XVI, la espiritualidad protestante, la Francia del siglo XVII, la espiritualidad rusa moderna y la época de crisis y renacimiento que abarca los siglos XVIII y XIX, en su mayor parte. En la «espiritualidad contemporánea», el volumen 18 de la colección pretende abarcar todo el periodo comprendido entre los dos concilios vaticanos, pero se queda francamente corto, dada la riqueza espiritual y literaria del periodo. Los dos últimos volúmenes tienen por objeto la espiritualidad posconciliar, con los títulos: «La 'nuova' spiritualità» y «La nostalgia di Dio», pero el primero todavía no se ha publicado.

9. J. Aumann, *Christian Spirituality in the Catholic Tradition*, Sheed and Ward, London, 1985

Junto a Italia, también el mundo anglosajón ha afrontado interesantes proyectos globales sobre la historia de la espiritualidad. En un extremo, en cuanto a tamaño del proyecto, se encuentra la breve pero enjundiosa obra de Jordan Aumann, *Christian Spirituality in the Catholic Tradition*<sup>14</sup>; y en el otro extremo, más allá de la espiritualidad cristiana, la ambiciosa *World Spirituality. An encyclopedic history of the religious quest*, en 25 volúmenes proyectados, de los que solo unos pocos interesan directamente a nuestro boletín<sup>15</sup>.

El libro de Aumann es, a mi juicio y entre los que tienen carácter de síntesis, el que da una visión de conjunto más completa y acertada de la historia de la espiritualidad cristiana. Con las limitaciones propias de una obra de tan sólo trescientas páginas, Aumann consigue mantener firmes los principales hilos conductores de la historia de la espiritualidad, evita perderse en una maraña de datos y nombres que sería impropia de una obra breve, y se detiene lo suficiente en los momentos clave y las figuras principales de la historia. También las notas y referencias bibliográficas son proporcionadas, aunque quizá a algunos les resulten pobres.

Como es habitual, el teólogo e historiador dominico arranca con un capítulo dedicado a la Sagrada Escritura, breve y que, a mi juicio, de acuerdo con lo ya comentado al principio de este boletín, aporta poco a la historia propiamente dicha. El capítulo dedicado a los primeros siglos destaca por su presentación de las características principales de la espiritualidad de la época. En cambio, no estoy de acuerdo con la inclusión de los ascetas y vírgenes de esos primeros siglos en el primer capítulo dedicado al monaquismo, como un arranque o antecedente de éste. Por lo demás, el estudio del propio monaquismo y sus figuras es correcto y completo, aunque quizá hubiera sido mejor desvincular la doctrina, más universal, de los principales Padres de la monástica propiamente dicha.

En el tratamiento de la edad media, Aumann distingue, acertadamente a nuestro entender, un primer periodo centrado en el mundo benedicti-

---

14. Publicada en Londres, Sheed and Ward, 1985.

15. Tres son, en efecto, los que llevan por título *Christian spirituality*, que ocupan los números 16-18 de la colección, y aparecidos, respectivamente, en 1985, 1987 y 1989, en dos ediciones prácticamente paralelas realizadas en Nueva York (por RKP) y Londres (SCM Press), respectivamente.

no y monástico en general; un momento central en torno a los grupos canónicos y, sobre todo, las órdenes mendicantes y la escolástica; y una tercera etapa de contrastes entre lo que él llama «dionysian spirituality» (incluye las místicas de Helfta, los renanos, flamencos e ingleses) y la «devotio moderna», con autores más «equilibrados» en el centro, como Santa Catalina de Siena y Dionisio Cartujano.

Bajo el título «post-tridentine spirituality», Aumann encuadra el humanismo cristiano, y el prolífico siglo XVI español e italiano, pero también a San Francisco de Sales, separándolo de otros autores franceses que se ubican en el arranque del capítulo dedicado a la espiritualidad «moderna». Con esta opción, queda más enriquecido todavía el «siglo de oro», y se muestra mejor la crisis producida por jansenismo y quietismo; aunque tiene también sus inconvenientes.

El capítulo final, dedicado a nuestro siglo, arranca acertadamente con Santa Teresa del Niño Jesús; y prosigue con Isabel de la Trinidad y Charles de Foucauld: dos personajes de indudable importancia en el cambio de siglo, pero a los que se deberían haber añadido otros. Después, en la difícil tarea de resumir las últimas décadas de la historia de la espiritualidad, Aumann escoge cuatro campos que sin duda están entre los más significativos: el renacimiento litúrgico, la expansión de la fe en distintos ámbitos, la santidad entre los laicos, y la sistematización de la Teología espiritual; sin embargo, su tratamiento es muy pobre, particularmente en lo referente a la espiritualidad laical; además, faltan otros temas significativos.

En definitiva, la lectura de la obra de Aumann, con sus opciones más o menos acertadas y las limitaciones señaladas, proporciona una introducción muy completa, a pesar de su brevedad, y bien enfocada a la historia de la espiritualidad cristiana y a sus grandes figuras y corrientes.

10. *VV. AA., World Spirituality. An encyclopedic history of the religious quest, London-New York, 1985 ss.*

Los tomos de *World Spirituality* dedicados expresamente a la espiritualidad cristiana (otros la afectan o mencionan indirectamente) son, según el plan original de la obra, tres, que abarcan, respectivamente, hasta el siglo XII, hasta la «reforma», y hasta nuestros días. Los dos primeros se dividen en dos partes, una de presentación más o menos cronológica de «periodos», «escuelas» o «movimientos», y otra de carácter temático. El tercero, en cambio, se divide en espiritualidad católica, protestante y ortodoxa, quedando cada una de ellas muy reducida, y particularmente la católica, muy

rica de hecho en contenidos y figuras que apenas se mencionan. Cada capítulo (una veintena en cada tomo) tiene uno o varios colaboradores diversos, que firman, en su caso, distintos subapartados del tema en cuestión.

De esta forma, el resultado es una obra colectiva que simplemente acumula un buen número de buenas colaboraciones, con un cierto orden histórico y procurando abarcar el mayor campo posible; pero no me parece que se pueda considerar una historia de la espiritualidad cristiana. Como entre los colaboradores hay excelentes especialistas, y la mayoría de los temas tratados tienen indudable interés, el estudioso o el simple aficionado culto encontrarán material abundante y útil; pero pienso que ni siquiera la lectura completa de todas las colaboraciones puede suplir el recurso a otra historia de la espiritualidad cristiana: no hay un hilo conductor y unificador del proceso histórico, y mientras algunos temas o autores están estudiados a fondo, otros no menos importantes ni se mencionan. No nos detenemos, pues, a comentar más en detalle esta obra, para no salirnos del objetivo propuesto, ni caer además en un elenco pesado de artículos tan diversos en estilo y contenido.

11. *D. de P. Maroto*, Historia de la espiritualidad cristiana, *Edit. de Espiritualidad*, Madrid, 1990

Cronológicamente, el último trabajo de carácter sintético que deseamos destacar es la *Historia de la espiritualidad cristiana* de Daniel de Pablo Maroto, publicada en 1990<sup>16</sup>. A nuestro juicio, y dentro de su grupo, no alcanza el nivel del libro de Aumann, pero sí supera a los de Moliner y Royo Marín, poseyendo además una bibliografía más completa y actualizada. En conjunto, la lectura del libro de Maroto introduce bien en el desarrollo histórico de la espiritualidad cristiana, y no olvida los personajes, tendencias y aspectos más significativos; pero presenta algunos altibajos.

Resulta particularmente interesante la primera parte dedicada a la «edad posapostólica» o «Iglesia primitiva» (es una de las pocas historias que no arranca con una espiritualidad bíblica): están bien destacados la mayoría de los rasgos más característicos, y la importancia del periodo queda mucho más remarcada que en otras historias; llama también la atención, comparativamente, su detenido estudio de la virginidad en los primeros siglos, sin caer en el error de verla como un antecedente de la vida monástica.

16. En Madrid, por la Editorial de Espiritualidad.

La presentación del monacato primitivo es completa en sus rasgos espirituales característicos, pero apenas se hace referencia a sus representantes. No obstante, la gran laguna de esta parte dedicada a la «edad patristica» es la ausencia de los Padres capadocios y San Juan Crisóstomo, entre otros; el autor sólo se detiene en San Agustín, Dionisio, San Gregorio y San Benito de Nursia (sobre todo en este último); por lo que el mundo griego-oriental queda mal parado.

En la edad media, a diferencia de otras historias breves, hay un amplio espacio dedicado a la espiritualidad «popular», tratado incluso con anterioridad a lo monástico. Por el contrario, el capítulo dedicado a los mendicantes queda descompensado, sobre todo por el mínimo análisis que se hace de San Buenaventura y Santo Tomás.

También a diferencia de otras historias, Daniel de Pablo Maroto agrupa los siglos XIV y XV con el XVI y el XVII, bajo el título global de «edad de las reformas»; es una opción discutible, pero que presenta sus ventajas para comprender los contrastes y evolución de ese periodo, aunque el término «reforma» no se puede considerar ni mucho menos unívoco en todo ese largo e intenso periodo.

Respecto al final de la edad media, el autor presenta oportunamente tanto la mística renana como la «devotio moderna», pero la ausencia de Ruysbroeck y Santa Catalina de Siena (sólo se la menciona, y en otro lugar), entre otros, falsea a nuestro juicio notablemente el valor de ese periodo. Por contra, el capítulo dedicado a la «escuela española» del siglo XVI es de los más completos y acertados del libro, a pesar de lo discutible del título, y de que las figuras italianas de la época no encuentran en cambio su lugar. El capítulo dedicado al «siglo XVII francés» mantiene también el tono adecuado.

Esta parte se completa con un capítulo dedicado a protestantes y ortodoxos, bastante extenso en proporción al tamaño total de la obra, y buen reflejo del crecimiento de la conciencia ecuménica en nuestros días y de los nuevos valores que se están descubriendo en la espiritualidad de los «hermanos separados».

En las partes dedicadas a las edades moderna (siglos XVIII-XIX) y contemporánea (siglo XX) no se observa un hilo argumental claro. Se tratan, eso sí, bastantes cuestiones clave y se refleja bien la complejidad de estos siglos en el terreno espiritual; pero el historiador parece perderse él mismo en esa complejidad. Falta un discernimiento mayor entre la importancia y el influjo real de unos y otros autores, de unas y otras tendencias; aunque todo lo que se dice sea básicamente correcto, y todos los personajes

citados tengan valor e interés. En definitiva, Maroto se mantiene, en el tratamiento de este periodo complejo, en sí mismo y por su cercanía a nosotros, en la línea de otras historias ya comentadas en este boletín. Todo ello se acentúa más al tratar de la espiritualidad cristiana en el post-concilio.

La historia de la espiritualidad cristiana de Daniel de Pablo Maroto, en resumen, introduce suficientemente en los distintos momentos históricos, pero con los altibajos y lagunas señalados, que habría que procurar cubrir con otras fuentes.

## 12. *Diccionarios*

Nos parece útil añadir unas consideraciones sobre dos obras de consulta, seleccionadas entre otras posibles, muy útiles desde el punto de vista de la historia de la espiritualidad. Por una parte, el voluminoso *Dictionnaire de spiritualité*, cuya publicación se ha completado al fin en 1995, después de bastante más de medio siglo de trabajo<sup>17</sup>; y por otra, el más modesto pero especialmente logrado *Dizionario enciclopedico di spiritualità*<sup>18</sup>. Ambos incluyen tanto voces sistemáticas como históricas, a diferencia de otros diccionarios más sencillos, que prescinden prácticamente de lo histórico, y que por ello no mencionamos aquí.

En el *Dictionnaire de spiritualité* el estudioso, el interesado o el simple curioso, encontrarán siempre artículos extensos y muy completos sobre cada autor, periodo, corriente, etc., de la espiritualidad cristiana, a cargo de los mejores especialistas; a pesar de la limitación, lógica, sobre todo desde el punto de vista bibliográfico, de los años transcurridos desde la aparición de bastantes voces.

El *Dizionario enciclopedico di spiritualità* recoge unas voces históricas sumamente útiles casi siempre. Desde luego, no es tan exhaustivo como su hermano mayor; pero casi todos los artículos presentan la información suficiente para hacerse una buena idea de datos históricos, obras y contenido

---

17. Empezó a publicarse en 1932 en Toulouse y París, por Beauchesne, que se ha encargado de la edición completa hasta el final. Los principales impulsores a lo largo de estos decenios han sido Marcel Viller y André Derville. La lista de colaboradores es, lógicamente, inmensa.

18. La primera edición italiana es de 1975, y de ella existe una traducción castellana: *Diccionario de espiritualidad*, Barcelona, Herder, 1983, en 3 volúmenes. La segunda edición italiana, actualizada, y con bastantes voces nuevas, es de 1989, en Roma, Città Nuova, 3 vols.

doctrinal de las mismas, y contienen una bibliografía bien seleccionada y actualizada. Una tabla histórica, al final, y algunas voces más generales sirven de enlace; de tal forma que se puede «construir», en cierto sentido y con limitaciones, una historia de la espiritualidad de proporciones manejables con las diversas voces del diccionario. Incluso las distintas plumas que colaboran se armonizan más que en otras obras colectivas similares. Por todo ello es un libro muy recomendable como consulta y estudio de la historia de la espiritualidad.

Como balance final nos atrevemos a afirmar que, de acuerdo con lo visto y a pesar del carácter parcial de este boletín, la historia de la espiritualidad cristiana es un género histórico-teológico bastante bien cubierto desde el punto de vista bibliográfico; y al mismo tiempo es un mundo vivo y en progreso, que augura un futuro inmediato prometedor.

Javier Sesé  
Facultad de Teología  
Universidad de Navarra  
PAMPLONA